

AULETRIS

NIEVES CHILLÓN

AULETRIS

algaida



Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2022

© Nieves Chillón, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-656-2

Depósito legal: SE. 1071-2022

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

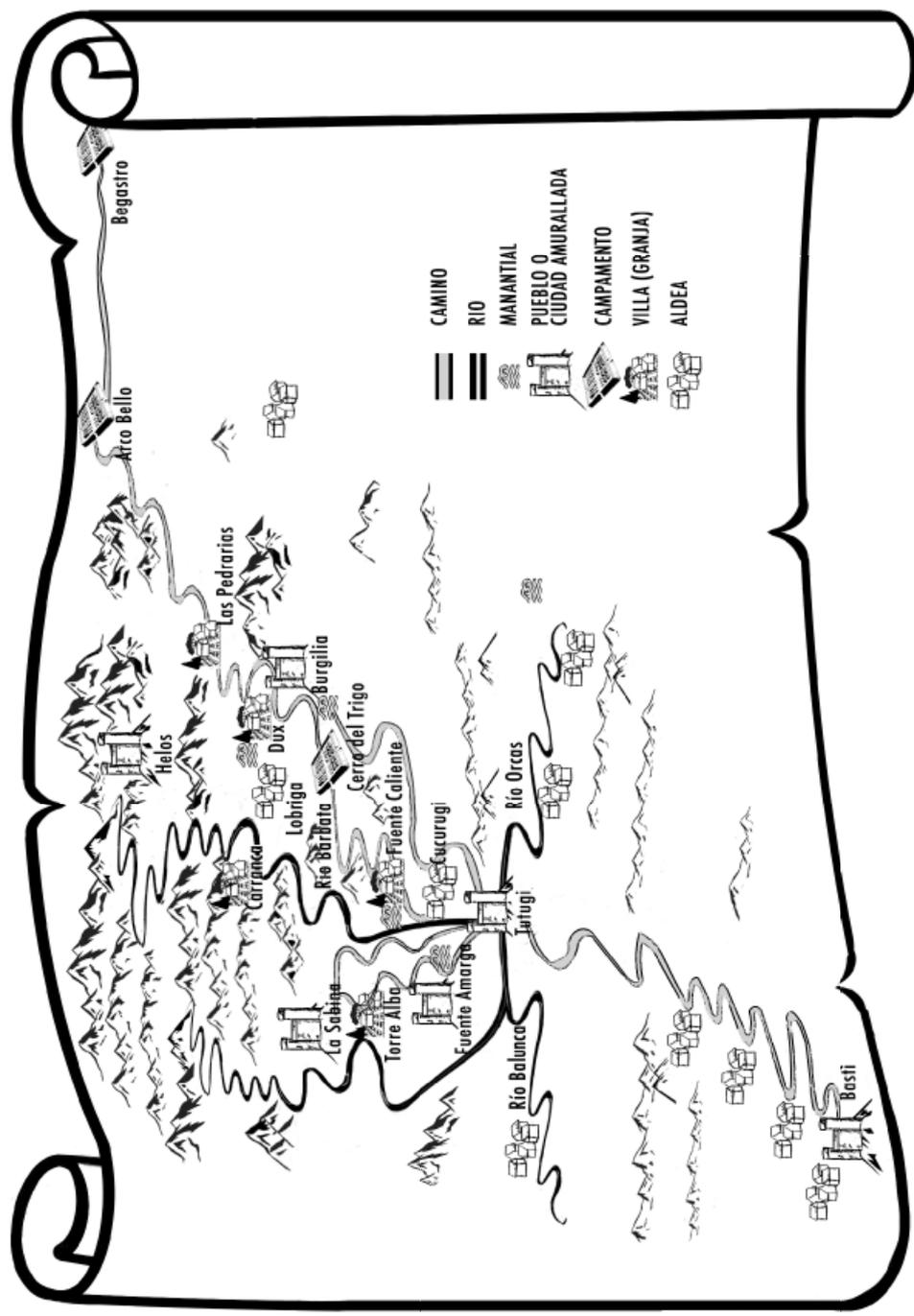
Mapa.	12
Prima vigilia	13
LIBRO 1	15
La escritura en mis ojos	17
Cucurugi.	18
Agua	20
Hormigas de Helos	26
Vigilia Secunda.	30
Jabalí.	33
Una flor roja.	38
Una flor blanca.	46
Espliego	52
Cerveza.	59
Pájaro-ojo.	68
Rémora en la vigilia tertia	73
Yegua	75

Palomas	81
Romero.	85
Vigilia quarta	92
Caballos	95
Asamblea	101
Piedras	107
Prima hora	115
Vino	119
Barro.	129
Gallinazas.	138
Larva.	141
Cántaro quebrado	145
Una rama	150
LIBRO 2	157
Moneda	159
Helos	167
Carta del pretor	175
Hierro.	179
Emboscada.	184
Flechas	192
Sitio.	200
Auletris de Helos	206
Burgilia.	210
Unísono	213
Luva	216

La espera	218
Aeterna nox	222
Paisaje.	229
LIBRO 3	231
Iino y Bodilcos	233
Vireliato	241
Ochenta denarios.	245
Secunda hora	248
Rémoras en la tertía hora.	250
Quarta hora	252
Aurora	254
Ciudad de los muertos.	257
Somnia amoris	261
Meridiem. Tumba del guerrero, villa de Carranca	263
Sequía.	265
Finis diei.	268
Sexta hora.	271
Un nuevo día	273
Agradecimientos	275

A la primera ciudad, grande y siempre insubordinada contra los romanos, la trasladó desde la posición sólida que ocupaba a la llanura y ordenó que sus habitantes vivieran sin murallas. Después de poner sitio a la segunda, la tomó a los ocho meses de asedio por rendición voluntaria y vendió a todos sus habitantes con los niños y las mujeres.

APIANO (adaptación)



Begastro

Atro Bello

Las Pedrarias

Helos

Carranca

Lobriga

Dux

Burgilla

Cerro del Trigo

Fuente Caliente

Cucurugi

Rio Orcas

Jarugi

Rio Balunco

Fuente Amarga

La Sabina

Torre Alba

Basti

CAMINO

RIO

MANANTIAL

PUEBLO O
CIUDAD AMURALLADA

CAMPAMENTO

VILLA (GRANJA)

ALDEA

PRIMA VIGILIA

LA MANO QUE ESCRIBE LA LEY EN LAS TABLILLAS ES LA mano que reclama la cebada en otoño y exige en el invierno lo que resta en los silos, la misma que te ha vendido la hermosa tela que vistes, tejida con la lana de tus propias ovejas, pero ¿acaso no te ha enseñado su noble lengua para que sepas interpretar tus obligaciones?

El cobre y la plata que salieron de las entrañas de Cástulo se deslizará de tu bolsa muchas veces en forma de tributos para los magistrados, de estipendio para los ociosos soldados. Sin embargo, ¿acaso no vives mejor ahora, cuando doblemente te protegen los dioses nuevos y las sombras de los antiguos? ¿Te has olvidado otra vez de ofrecerle un vaso de vino y miel a Betatun? ¿Y a los manes?

En los idus de febrero celebrarás las Parentalia. Así debe ser. Recordarás a los espíritus familiares, los que ya no están y nos guardan. A su propia manera, esta vieja honrará a los suyos, que son también los tuyos, pues tú eres lo que queda de su sangre.

¿A qué vienen hoy tantas preguntas? Cuando eras niño te avergonzabas de escucharme y ahora el hombre se agacha a

observar la piedra del camino, la que durante años le causaba malestar, y dirige su atención a lo minúsculo, a aquello que no vale nada.

Aunque yo sé qué manos tapaban tus orejas y tus ojos inocentes para que no pudieras ver ni oír.

La historia de la vieja Vireliata también es tu historia, hijo mío. A pesar de que el tiempo ha dispersado mis recuerdos igual que el viento se lleva las deshilachadas nubes, voy a cerrar mis ojos para traer de regreso lo que fui.

LIBRO 1

LA ESCRITURA EN MIS OJOS

CUANDO ÉL ME LLEVÓ HASTA AQUÍ, ME PREGUNTÓ SI SABÍA leer.

—Una mujer, quiero decir —se corrigió—, una esclava como tú, ¿sabes qué dice sobre esta tabla?

Y puso la escritura en mis ojos:

—Hay algo aquí que no comprendo:

una letra no escrita, la incisión

sobre la carne, sobre el hueso, la coyuntura

cuánto de mí en ti,

mis venas larguísimas, tramuntanas;

el paisaje es un cuerpo enhebrado por mis venas

buscándote, dando de sí,

cuánto de mí, en ti cuánto.

Más quiero ver por tus ojos que por estos,

por tus manos más y siento la quemazón,

el dolor se multiplica sobre mi piel cuando sobre la tuya hierve.

Cuánto de ti, cuánto de mi palabra no escrita,

de la incisión que se hunde aquí

y no comprendo.

CUCURUGI

HA PASADO UNA BANDADA DE PALOMAS SOBRE MI CABEZA. Dibujan círculos azotando el aire. Miro su pecho de color blanco, sus cabecitas grises. Las garzas graznan a los lejos. Me llaman quizás a mí, a Vireliata, la vieja esclava de Tures de Tutugi, la que fuera comprada como nodriza de aquel hijo suyo aorado por los dioses. Que Tanita Astarté diosa celeste lo acune en el vaivén de las estrellas.

Pero yo no he sido siempre esclava de Tures, ni siempre he sido Vireliata.

Miro al sur, hacia los túmulos blancos de la ciudad donde mi amo, tu padre, ¿he vuelto a decir tu padre?, donde Tures ya no repara en mí. Mucho mejor así. Faltan varias horas para que el sol se esconda detrás de Marmolance, la cortina de piedra blanqueada por las buitreras.

Escucho los rebaños por la cañada. No alcanzo a verlos. Sus balidos me recuerdan a los lamentos de los hombres después de la batalla. Cuando han dejado de batirse con el hierro y un arma afilada corta el último obstáculo de hueso, se oyen

sus gritos de muchachos rotos. Se parecen mucho a esos rebaños que rumian a lo lejos.

Frente a mí, la montaña sagrada azul y blanca será mi guía.

Desde Tutugi hasta aquí hay granjas con perros furiosos. Aunque están encadenados, luchan por hocicar mis ropas. Aquel de allí se acerca babeando. Se ha roto la cadena o nunca hubo cadena.

—¡Auxilio! ¡Ayuda para esta vieja!

Sus patas sobre mi espalda tienen la fuerza de un hombre. Y yo sé cuál es la fuerza de un hombre que te aprieta contra el suelo. Sus pisadas tienen esa fuerza. He visto el cielo color tierra y las raíces de los árboles clavadas en lo azul. Raíces frondosas y celestes y un cielo verde mientras sus colmillos hacen jirones mi manto. He rodado sobre la tierra blanda.

Unos pies han sujetado a la fiera. No han ayudado a levantarse a esta pobre vieja. Como los platos y las ollas del santuario cuando caen unas panza arriba, otras bocabajo, soy una piedra más de este camino de yesos.

Los demás esclavos fueron vendidos muy lejos. Yo he abrazado con mis manos heridas, con mis pies descalzos, la tierra mía. La tierra, mi dulce Aristeo, nuestra.

AGUA

DE NIÑA ME ARRODILLABA JUNTO AL MANANTIAL Y BEBÍA con mis manos el agua clara de Amma. La loba, sigilosa y sanguinaria, se agazapaba entre los juncos. Desde allí divisaba las cabras: una, dos, tres, hasta seis. Podría degollarlas con mis colmillos sin tener siquiera que perseguirlas.

Las ovejas, no. Lana rubia para el cartaginés. Una oveja valía por diez cabras, ¿quién las tenía? Lana blanca para tejer los sagos para el cartaginés.

Ata era un pollo. Caminaba con los pollos y los vigilaba. Se había convertido en uno de ellos. De lejos apenas se distinguía. Cuando se acuclillaba tenía su misma altura. Ata-pluma se tambaleaba a la intemperie. Ata-pequeño pájaro, a merced del viento helado.

El humo caía pesado sobre las casas apiñadas en lugar de elevarse. El frío se mezclaba con el hedor punzante de los cerdos. Detrás de los muros, la montaña sagrada apuntaba a los cielos como una inmensa teta. Sus brazos desplomados rodeaban la tierra que nos concernía, las redondeces de unos cam-

pos donde las carrascas de caricia picuda se abrían de cuando en cuando clareando el suelo para que el trigo arraigara.

Amma había amasado esas piedras con sus propias manos antes de parir al primero de los Arkises. Eligió a una cierva para que lo llevara en su vientre. En el lugar donde se le derramaron las aguas levantó la casa grande, frente a la montaña sagrada. Al caer la tarde, la barca del cielo había dirigido los pasos dóciles de la cierva hacia la puesta del sol. Allí, al final de la hilera de piedras, en un montecillo, se dio a las aves que bajan de las nubes.

En el pórtico de la casa templo un altar recordaba a su estirpe, mitad carne, mitad cielo.

El silo y la cisterna del señor Arkiseles eran dones que los allegados utilizábamos porque los llenábamos con una medida y media de cada dos.

A un lado y otro de la casa templo, naciendo del mismo muro, blanqueaban nuestras casitas.

El abuelo a veces se señalaba una muela solitaria, y así, con la boca muy abierta y el dedo dentro, nos decía a Ata y a mí:

—¿Veis? Este es nuestro pueblo. Y alrededor, todos los montes pelados. La madre tierra tampoco puede mascar.

Los hoyos del suelo se habían cubierto de nieve. En uno de ellos había ardido la cal. En el otro hubo yeso. Unos meses atrás, con el buen tiempo, hombres y mujeres con hisopos habíamos blanqueado las paredes del aljibe y los silos. A la diosa le gusta la blancura de la cal, que ahuyenta a los bichos del trigo, y la forma granate de la piel de toro. Cuando las había, se ponían a secar en las cuerdas y los mercaderes las pagaban bien.

El señor Arkiseles, que en aquel tiempo ya era viejo, caminaba de un sitio para otro. En los silos comprobaba las medidas de trigo que cada allegado entregaba o retiraba. Desde

allí solía subir a la torre, que se alzaba muy cerca, donde vigilaba el camino y sus campos de cultivo nevados. En ese lugar demasiado expuesto a los vientos permanecía el tiempo justo para no enfriarse. Después volvía a la casa templo, bajo cuyo pórtico contemplaba los quehaceres de sus siervos y clientela.

Abarkiseles, el hermano del señor, no era el primogénito. Aunque parecía todavía más viejo, quizá por la barba que empezaba a blanquear sobre su pecho, debía obediencia a Arkiseles. Volvía de los establos y se detuvo a observarme.

—Almagra roja. El color de la eternidad. Hace semanas que Ibetes no viene desde Basti con su mulo cargado. Niña, ¿ha sido él quien te ha vendido el rojo para el zócalo?

El abuelo se adelantó a responder.

—No, señor. Mi saludo y respeto. La niña ha molido un pedazo que guardábamos desde el verano, lo que sobró del tintado de las hebras.

—Está bien. En unas lunas saldrá un cargamento de pieles curtidas y túnicas con ribetes. He visto vuestras telas. Imagino que no las has tejido tú, viejo desdentado.

Mientras el señor Abarkiseles hablaba, madre me hizo un leve gesto con la cabeza gacha para que entrara en la casa. Sabía que el hermano del jefe había estado fijándose en mí. No en el zócalo que yo repasaba con la brocha entintada. No en el telar, con sus pesas tintineantes, que exhibía a la luz un ajedrezado perfecto. Sus ojos habían estado siguiendo los movimientos de mi trasero hasta que lo detuve y me di lentamente la vuelta hacia él. Pensé en las advertencias de madre: lo que el señor desea, es para el señor; por lo tanto, no provoques que el señor te desee.

El abuelo se había sentado en el poyo junto a la casa y había comenzado a trenzar una de sus interminables fajas de esparto. Sentí las duras hebras bajo mis pies, en mis sandalias que también habían sido tejidas por sus manos. Solía sentarse

allí, al sol del invierno, mientras el interior se oreaba con el cortinón levantado.

—Tu nieta es ya casi una mujer.

El abuelo respondió con una mirada dura. Nadie salvo él se habría atrevido a eso. El viejo señor de las tierras entonces carraspeó y se marchó cabizbajo calle arriba hacia la casa templo.

A veces Ata se olvidaba de los pollos y corría a probar una esquina del pan que madre traía del horno grande. Se sentaba a comérselo en las rodillas del abuelo mientras las aves se iban dispersando.

Ata-gorrión mordisqueaba la torta dejándose mecer por la dureza encariñada del hombre.

—¡Elo! ¡Toros!

Y este, sin dejar de trenzar los ramales ablandados, ante la mirada riente del niño, entonaba con su voz de viejo la lucha del mítico Argis contra los toros voladores.

—*Los cielos llameaban cuando el toro mágico batía sus alas*

*más alto que la luna, tan cerca del sol,
pero el guerrero Argis con la fuerza de cien hombres
y más difícil todavía, pues iba galopando en su caballo,
lanzó la jabalina una vez solamente
y atravesó al sagrado cornipétreo
por los ijares, tal que el bálano iba chorreando sangre
y sus alas de fuego dejaron de batir el aire
y el cielo redondo se ennegreció,
entonces el animal divino lo miraba
con sus ojos redondos y medidores
que ya se iban cubriendo de niebla,
el testuz agitando, y así le habló al héroe:
«Argis cazador de lobos, ciervos y jabalíes,*

*hoy los pueblos dirán de ti
que también de llameantes toros».*

El abuelo siempre añadía un episodio inesperado al final de la rapsodia y contaba un recuerdo de su juventud.

*—El astuto Orisso, en Heliké,
encabritó a los elefantes de Amílcar.
Encendió con antorchas las astas
de una manada de toros y les dio careo,
endemoniados como estaban,
contra las bestias gigantescas.*

—¡Sigue!

—Ya no sé más.

—Pero ¿qué pasó?

—Venció. Pero al poco, Asdrúbal exigió a los Arkises que se unieran a él con los guerreros que pudiera reunir. Yo le seguí. Cuando atravesamos las montañas, ya se contaban por cientos. Caballos, lanzas, miles de pies levantando el polvo de los caminos. Te lo tragabas, dormías al raso, comías lo que podías cazar y si te ibas muy lejos a cagar, te podían cazar a ti.

El rostro crispado de Ata se iluminaba de risas.

—La batalla, qué remolino de negrura, sangre y tierra. Nosotros íbamos delante y luchamos cuerpo a cuerpo contra los hombres de Orisso. Falcata contra falcata, ibero contra ibero. Aquella tarde, encima de los muertos, nuestro general crucificó a Orisso y a los oretanos principales que quedaban vivos. Que Netón ahogue al Bar'q narizón en las aguas de sus infiernos. Muchos orisanos valientes se mearon y se cagaron encima. Los guerreros sin rango se nos unieron. Algunos de esos también se habían meado.

Madre se detuvo para escuchar al abuelo. Ya había oído esa historia muchas veces antes. El sol comenzaba a torcer su cabeza y pronto habría que refugiarse del viento. Además, el

señor Arkiseles no estaba lejos. Al abuelo no le importaba hablar de él, pero podrían castigar al niño, a alguien de la familia. Reconvinó a Ata para que volviera al trabajo.

—Ata, si los pollos se pierden no cenarás hoy.

—Si están allí, madre, los estoy viendo a... casi todos.

—Y si no cenas, te quedarás tan flaco que Baal te llamará a su altar como ofrenda.

El pequeño, con disgusto, corrió a juntar a las aves diseminadas por el terrero y los corralillos cercanos. A mí también me reprendió por dejar la azadilla y erguirme para escuchar.

Entonces no podía imaginarme, mi adorado Aristeo, que en mi vejez, no muy lejos de allí, volvería a agacharme para otro amo, a clavar mis rodillas sobre una tierra también blanca y pinchosa. A veces me parece que la tierra es la misma y los mismos los cardos.

Como ayer, hoy sostengo el hierro de los pobres entre mis manos. Lo acaricio y atravesándolo con los ojos de mi mente, soy capaz de entender su lengua, de aprehender su alma de metal, su sufrimiento.

Azada y falcata están hechas de la misma carne oscurecida. La carne dura que nace de las entrañas secas de la tierra. Parir el hierro, parir la piedra, a cuerpo abierto. Es la blandura de las manos contra el hierro, sosteniendo al hierro, dirigiendo al hierro.

La noche del horror, manos, brazos y piernas fueron heridos por el hierro. Pero no es invencible, y yo, que cada día acaricio su negro músculo, conozco su temperatura, sus odios y sus debilidades. El hierro que derramó la sangre de los míos tiembla anaranjado ante la gota de agua.